

Desde Sicilia llega
A las Columnas de Hércules su nombre.
¡Musa! Tus alas plega:
Avanzar más allá no puede el hombre,
Y la barrera en vano
Pretenderá saltar, cuerdo ó insano.



ODA CUARTA

A SÁUMIS DE CAMARINA,

VENCEDOR CON LOS CABALLOS.

¡OH Jove soberano,
Que los rayos de plantas voladoras
Lanzas con fuerte mano!
Ya volvieron tus Horas
De mi canto y mi lira inspiradoras.

Como veraz testigo
De la altísima lid, su voz me envía.
Al triunfo del amigo
Se llena de alegría
El que de ser su huésped se gloria.

OLIMPICAS

¡Oh Vástago sublime
De Saturno, señor del eminente
Mongibelo, que oprime
Bajo su mole hirviente
Las cien cabezas de Tifón rugiente!

Este cantar sonoro
Que el vencedor Olímpico merece,
De las gracias el coro
A mi nombre te ofrece:
Acógelo, y al vate favorece.

Como inmortal estrella,
El canto las virtudes ilumina.
En la cuadriga bella
Hoy mi cantar camina
De Sáumis, alto honor de Camarina.

De oliva coronado
Torna dichoso de la arena Eléa.
¡Ojalá que escuchado
Por la Deidad se vea,
Que propicia le dé cuanto desea!

ODA IV

Nadie la raza iguala
De sus corceles: siempre mira henchida
De huéspedes su sala;
Y en la patria querida
Merced á su virtud, la paz se anida.

No quiero mis loores
Manchar de la mentira con el cieno:
De los calumniadores
Destruyen el veneno
Hechos cual los del hijo de Climeno.

Risa causó á las bellas
Hijas de Lemnos su senil figura;
Mas él á las doncellas
Cortó la risa impura,
Corriendo con la fúlgida armadura.

Al acercarse ufano
A recibir, al fin de la carrera,
De la gallarda mano
De Hipsípila severa
Su corona, le habló de esta manera:

OLIMPICAS

“¿Viste mis piés veloces?
Iguales son mi corazon y manos.
Tambien nacen precoces,
Áun en años tempranos,
Del jóven en la sien cabellos canos.”



ODA QUINTA

AL MISMO SÁUMIS,

VENCEDOR CON LA CUADRIGA,
EL CARRO MULAR Y EL CABALLO DE SILLA.

¡OH tú, que del Océano
Eres prole divina,
Recibe, ¡oh Camarina,
Con pecho bondadoso mi cantar!
De sus virtudes célicas
La flor, Sáumis te dona;
Su Olímpica corona,
Y el que la conquistó, carro mular.

A tu ciudad espléndida
 Honran sus hechos nobles;
 Los seis altares dobles
 Hizo humear con hostias su fervor;
 Y en fiestas y certámenes,
 Fiel hasta el quinto día,
 Ya en su carro vencía,
 Ya en sus mulas ó potro corredor.

Y á tu sede novísima
 Cedió su alto renombre:
 De Acrón su padre el nombre
 Resuena con el tuyo por doquier;
 Y del reino de Pélope
 Y Enomáo tornando,
 Tu bosque venerando
 ¡Patrona Pálas! hizo florecer.

Por Sáumis celebrísima
 Es la veloz corriente
 Del Oano torrente,
 Y el lago que refleja tu esplendor;
 Y el sacro lecho de Híparis
 Que tus hogares riega,
 Y la madera entrega
 Para tus techos de sublime altor.

Á constrüir de alcázares
 Espeso bosque empieza;
 Aleja la pobreza
 De tus hijos, su pródiga bondad.
 Place áun al vulgo el éxito
 De los proyectos vastos:
 Riesgos, trabajo, gastos,
 Con las virtudes luchan sin piedad.

Á tí me vuelvo ¡oh Júpiter!
 Que al caudaloso Alfeo
 Y al antro sacro Ideo
 Concedes tu santísimo favor;
 Que entre las nubes cárdenas
 Tu habitacion divina
 Tienes, y en la colina
 Del alto Cronio, ¡Númen salvador!

No desdeñes las súplicas
 Que, al son de Lídias cañas,
 Tus piadosas entrañas
 Aspiran melodiosas á ablandar;
 Y á esta ciudad perínclita
 De heróicos pobladores,
 Dígnate tus favores
 Con generosa mano prodigar.

OLIMPICAS

¡Oh vencedor Olímpico,
Señor de mil corceles!
Endulcen tus laureles
Y tus hijos, tu larga senectud.
Ya sólo de los Númenes
Falta subir al coro,
Al que á montones de oro
Une renombre, y tierras, y salud.



ODA SEXTA

A AGÉSIAS DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO DE MULAS.

EL pórtico de alcázar eminente
Sostiene el arquitecto con pilares
De mármoles y de oro reluciente;

Y dorado portal á mis cantares
Quiero poner: la espléndida fachada
Del palacio, han de ver desde los mares.

Quien de Olímpico lauro coronada
Muestra su sien, y á Jove hostias ofrece
En el ara por Pisa levantada,

Y de la noble Siracusa acrece
El glorioso recinto, ¿qué canciones,
Si elogiarlo queremos, no merece?

¡Dichoso tú, que tal coturno pones
Á tu divina planta, prole augusta
De Sótrato, con ínclitas acciones!

Valor que no se prueba en lid robusta
Con los hombres ó el líquido elemento,
Ni al navegante ni al atleta gusta;

Pero levanta eterno monumento
El pueblo, á los heróicos adalides
Que probaron, luchando, su ardimiento.

¡Agésias! Para tí el encomio pides
Que dirigió de Adrasto el justo labio
A Anfiarao, honor de los Oiclides,

Cuando la tierra al sacerdote sabio
Tragando con su carro juntamente,
De muerte infame le evitó el agravio.

Las siete piras al arder enfrente
De las Tebanas puertas, así clama
De Talayón el vástago doliente:

“¿Dó está el amigo á quien en vano llama
Mi triste voz; que espléndido lucero
De mis falanges pregonó la fama?

“Diestro vibraba el homicida acero,
Y en el altar la víctima ofrecía,
Santo profeta y sin igual guerrero.”

¡Señor y dueño de la lira mia,
Profeta y lidiador Siracusano!
Igual elogio te compete hoy día.

Yo, que detesto el disputar insano,
Lo afirmo con solemne juramento
Que las canoras Musas no harán vano. —

¡Oh Fíntis, ven, más rápido que el viento!
 Unce las mulas, valeroso auriga,
 Que ancho camino recorrer intento.

Mi carro ha de llevar tu mano amiga,
 Hasta que á los perínclitos mayores
 De tu noble señor llegar consiga.

Mejor que los corceles voladores
 Ellas conocen la gloriosa senda,
 Desde que Olimpia las cubrió de flores.

A abrir las puertas, déjame que atienda,
 De la cancion; y por la vía llana
 Volémos, conductor, suelta la rienda.

El camino tomémos de Pitana,
 Que del Eurotas á la amena orilla
 Hoy hemos de llegar, á hora temprana.—

Fué Pitana gentil ninfa sencilla
 Que Neptuno sedujo; y de aquel lazo
 Provino Evadne, dulce morenilla.

El tierno fruto del vedado abrazo
 Escondido hasta el crítico momento
 En los pliegues, guardó, de su regazo;

Y de la Arcadia al Príncipe opulento
 Llevaron á la niña las doncellas,
 Cuando pasó el feliz alumbramiento;

Y del Alfeo en las riberas bellas
 Epito la educó; y allá en Fesina
 Febo, herido de amor, siguió sus huellas.

Ella libó las flores de Ciprina:
 Mas no se oculta á Epito vigilante
 La que va á germinar, planta divina.

A Délfos se dirige vacilante,
 Reprimiendo el furor y pena aguda
 Que el corazon desgárrale punzante.

Desvanece el oráculo su duda.—
 Evadne, en tanto, en la floresta umbría
 La purpurina faja desanuda.

Y con las Parcas, á asistirla envía
Febo á Lucina, que á las madres ama;
Y el dulce Yamo ve la luz del día.

Lo deja en su dolor sobre la grama
La triste ninfa; y llegan dos serpientes
Cuyas pupilas son vívida llama.

Por órden de los Dioses providentes
Lo nutren con la miel, que en los panales
De las abejas, liban inocentes.—

Miéntras, por los extensos pedregales
De Pitona, cabalga el Rey gozoso,
Y llega de su casa á los umbrales;

Y á todos los domésticos, ansioso
Pregunta por el vástago felice
Que Evadne ha dado á Apolo venturoso.

De su divino padre el nombre dice;
Que ha de llegar á ser sobre la tierra
Profeta eminentísimo, predice,

Y eterna, si el oráculo no yerra,
Será su raza. Nadie sabe dónde
El anhelado párvulo se encierra.

Que ni lo vió ni oyó, firme responde
Cada mujer: ¡y el quinto sol ya brilla
Sobre la hierba que al infante esconde!

Humedecen su cándida mejilla
Los pétalos de violas inmórtales,
De color purpurina y amarilla.

La madre, atenta á conjurar los males,
Nombre inmortal para su niño toma,
De las flores, que vé, primaverales.

No bien el bozo en su mejilla asoma
(De la adorable Pubertad divina
Espiga de oro y prematura poma)

Cuando al sagrado Alfeo se encamina
De noche el mozo, y salta reverente
En medio de su linfa cristalina;

Y á su progenitor armipotente
Neptuno, invoca; y de la sacra Delos
Al Rey, que vibra el arco refulgente;

Y pide á los señores de los cielos
La régia dignidad, que le permita
Consagrar á los pueblos sus desvelos.

La voz paterna á confiar lo excita,
Y, por nombre llamándolo, le jura
La gracia conceder que solicita.

“Levántate: mi voz guía segura
De tus pasos será; de esa montaña,
Hijo querido, sígueme á la altura.

“Esa comarca que el Alfeo baña,
Patria comun del lidiador Heleno
Será, y admiracion de gente extraña.”

Así dijo el oráculo; y del seno
De las aguas saliendo, á la eminencia
Del Crónio, Yamo al dios sigue sereno.

Allí de sus tesoros la opulencia
Descubriéndole Febo, al mozo inspira
De la adivinacion la doble ciencia.

A oir su voz, exenta de mentira,
Le enseña desde entónces; y le manda
Que cuando Hércules venga (á quien admira

Como á su flor, la raza veneranda
De los Alcides, semidios glorioso,
Cuya furia en la lid ninguno ablanda)

Y del padre en honor funde piadoso
Fiestas solemnes y robustos juegos,
Sobre el altar de Jove poderoso

Establezca el oráculo, y sus fuegos
Encienda.—Desde entónces renombrados
Los Yámidas han sido entre los Griegos.

Opulentos tambien y afortunados,
De la fama el amor los arrebató:
Síguenla por caminos no trillados.

El valer de los hombres aquilata
Su propio proceder; mas de la Envidia
Ninguno escapa á la cuchilla ingrata.

Hiere al hermoso con tenaz perfidia;
Y hiere al que girando doce veces
En redor de la meta, heróico lidia.

Si el Olímpico triunfo hora mereces
¡Oh Agésias! de los ínclitos abuelos
De tu madre, lo debes á las preces.

Del monte de Cilene entre los hielos
Aplacaban con diario sacrificio
A Mercurio, el heraldo de los cielos

Que de Arcadia al honor mira propicio
Y las coronas en la lid reparte:
A él y á Jove agradece el beneficio.—

Ansioso siempre ¡oh lira! de pulsarte,
Hoy más que nunca que me aguza siento
La lengua el pedernal, no sé con qué arte.

¡Estinfalia Metópe! Dulce viento
A tus floridas márgenes me lleva,
¡Madre de la deidad por quien aliento!

Tú diste á luz á mi adorada Teba,
De potros domadora, en cuya fuente
Permite á su hijo que sin tasa beba.

Jamás entono al lidiador valiente
Encomiásticos himnos, si no quita
Su dulce manantial mi sed ardiente.—

¡Vamos, Eneas! A tu coro excita
A celebrar á Juno sacrosanta
Que en el Partenio monte excelsa habita.

En acordado són conmigo canta.
El viejo adagio que desmientas quiero,
Que á Beocia atribuye infamia tanta.

Cual báculo y querido mensajero
De las Musas, y vaso que rebosa
De altisonantes himnos, te venero.

Manda cantar á Siracusa hermosa,
Y á Ortigia, do devoto se prosterna
De Cérés á los piés color de rosa,

Y adora la potencia sempiterna
De Júpiter Etnéo y Proserpina,
El rey Gerón, que justo las gobierna.

Le es familiar la cítara argentina
Y el dulce canto. ¡Nunca su ventura
Empañe el tiempo, que veloz camina!

Reciba con benévola finura
Su majestad, los cánticos triunfales
Que á Agésias consagró mi lengua pura.

De los sagrados muros Estinfales,
Gloria de Arcadia, de su madre cuna,
Torna á su patria y techos paternos.

En noche tormentosa, á que la luna
Niega su luz, en la agitada barca
Dos áncoras tener es gran fortuna.

A su doble mansion quiera la Parca
Enviar la dicha. Y tú próspero viento
Da á su nave ¡oh del mar alto Monarca!

Protégelo, Señor, por el contento
Que de Anfitrite diéronte las bodas:
Y de la fama el perfumado aliento

Acaricie las flores de mis odas.

